

La cruz azul

Chesterton, G.K.

1911

LITERATURA.AR

La cruz azul

Entre la cinta plateada del amanecer y la cinta verde y centelleante del mar, el barco tocó Harwich y dejó escapar un enjambre de viajeros como moscas, entre los cuales el hombre que debemos seguir era de los menos conspicuos —ni deseaba serlo. No había en él nada notable salvo un leve contraste entre la alegría festiva de su atuendo y la gravedad oficial de su rostro. Su indumentaria incluía una chaqueta gris clara, un chaleco blanco y un sombrero de paja color plata con una cinta azul grisácea. Su rostro delgado era oscuro por contraste, y terminaba en una barba negra corta de aspecto categórico. Llevaba una pequeña maleta de cuero.

Así era, al menos tal como aparecía ante el mundo, Aristide Valentin, Jefe de la Policía de París, el mayor detective vivo. La misión que lo traía a Inglaterra era doble: asistir a una conferencia de policías internacionales y atrapar a Flambeau.

Flambeau era el ladrón más famoso del mundo. Era también, en cierto modo, uno de los grandes hombres de su tiempo, pues en muchos aspectos —si bien no en todos— era un personaje de primer orden. Hombre de estatura enorme y comportamiento elegante, había combinado a lo largo de toda su carrera la fuerza de un atleta con la destreza de un acróbata y el ingenio de un intelecto cultivado. Entre los incontables países que había recorrido podía pasar por muchas cosas: había sido soldado, saltimbanqui, barrendero, cochero de carruaje, y en ocasiones, actor en un teatro de variedades. Como ladrón, era capaz de perpetrar robos que exigían la fuerza bruta de una bestia y también sustracciones de las que un prestidigitador de salón se habría enorgullecido. Era un hombre de enorme cortesía, con una extraña lealtad personal a sus principios torcidos: valiente, jovial, incapaz de crueldad o cobardía graves.

Valentin llevaba veinte años persiguiéndolo. Aquella mañana de otoño lo buscaba con particular motivo: tenía información de que una cruz de plata

con zafiros —reliquia de considerable valor— sería transportada por tren de Harwich a Londres por un tal Padre Brown, sacerdote de Essex. Lo que Flambeau averiguaba, Flambeau lo sabía todo: sin duda el ladrón también lo sabría. Y una cruz de zafiros era exactamente el tipo de objeto que Flambeau no podría resistir.

Así que Valentin desembarcó del barco y recorrió la multitud con sus ojos de policía, buscando algo que no pudiera ser exactamente lo que parecía. Sin embargo, fue una observación más sencilla la que al final le puso sobre una pista.

Entre los pasajeros que desembarcaron, la mirada profesional de Valentin se posó en un sacerdote de aspecto pueblerino: figura rechoncha, cara redonda y algo lunácea, que llevaba varios paquetes de papel marrón y un paraguas que no cesaba de caérsele al suelo. Parecía no saber cuál era el extremo correcto de su billete de regreso. Explicó, con una simplicidad de bobalicón, a todos los ocupantes del vagón que debía tener mucho cuidado, porque llevaba algo de verdadera plata "con piedras azules" en uno de sus paquetes de papel marrón. Su pintoresca mezcla de ingenuidad campesina con sencillez devota divirtió continuamente al francés hasta que el sacerdote llegó —de algún modo— a Tottenham con todos sus paquetes, y luego regresó a buscar su paraguas. En ese momento, Valentin tuvo incluso la gentileza de advertirle que no fuera tan imprudente de contarle a todo el mundo lo de su cruz de plata. Pero con quien hablara, Valentin no perdía de vista a los demás viajeros; buscaba con la mirada a alguien —rico o pobre, hombre o mujer— que pareciera estar mirando al sacerdote con demasiada atención.

Al llegar a la gran ciudad, Valentin siguió sus instrucciones originales y comenzó a recorrer el itinerario que se había trazado. Buscaba a Flambeau, y por el momento Flambeau no había dejado la menor señal en ninguna parte. El detective más extraordinario del mundo, el hombre que podía cambiar de cara como otros cambian de sombrero, podía estar en cualquier lugar, dis-

frazado de cualquier persona. Cuando no se tiene ninguna pista concreta, el gran detective Valentin recurrió a su filosofía favorita: seguir lo imprevisible.

Al cabo de varias horas de recorrer las calles del norte de Londres, sin haber encontrado nada de utilidad, Valentin se detuvo ante una pequeña confitería. Por la vidriera alcanzó a ver al dueño, con cara de desconcierto, contemplando su taza de café. Algo en esa expresión le llamó la atención. Empujó la puerta y entró.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Que alguien cambió el azúcar y la sal —dijo el hombre con un gesto de indignación perpleja—. Llamé a la señorita para pedirle una explicación, y ella dijo que habían estado aquí dos sacerdotes hace un momento. Que el más bajo de los dos —el rechoncho, con muchos paquetes— había estado en la cocina durante un buen rato, sin razón aparente.

Valentin se puso tenso. Aquello era absurdo. Y lo absurdo dejaba huella.

—¿Adónde fueron?

El hombre señaló vagamente hacia el norte.

Valentin siguió la dirección con sus dos detectives a la zaga. A pocas manzanas encontró un segundo rastro. Una ventana de un pequeño restaurante estaba rota: había astillas de vidrio dispersas por la acera, y desde fuera se veía la estrella del impacto en el cristal. Valentin entró.

El camarero, al principio, no recordaba nada especial. Pero Valentin era un hombre que sabía que las propinas generosas mejoran notablemente la memoria del prójimo. El camarero recibió la suya y comenzó a recordar.

—Sí, señor. Dos sacerdotes estuvieron aquí. El alto apenas abrió la boca. El bajo —el rechoncho con todos sus paquetes— pidió la cuenta y la pagó sin rechistar, aunque era el triple de lo que correspondía. Lo noté, señor, pero no dije nada. Un hombre contento de pagar a lo loco no es asunto mío.

—¿Fue uno de ellos quien rompió la ventana?

—El bajo, señor. Tiró una moneda al suelo, y al recogerla se chocó contra la vidriera bastante rudamente. Otra rareza: después la pagó sin que nadie se lo pidiera.

—¿Sabe adónde fueron?

—El sacerdote bajo mandó algo por correo desde la tienda de la esquina, señor. La señora de allí podría saber más.

La señora de la tienda de comestibles recordaba muy bien.

—Sí, señor. Ese sacerdote tenía un paquete de papel marrón que decía era de plata pura, con piedras azules. Lo mandó a una dirección en Westminster. Dijo que tenía miedo de llevarlo encima y que prefería enviarlo por adelantado. También preguntó si era un método seguro, y le dije que sí.

Valentin salió corriendo. Ahora entendía la lógica absurda del rastro: el pequeño sacerdote había enviado la cruz a lugar seguro antes de que pudieran arrebatársela. Pero ¿por qué el azúcar y la sal? ¿Por qué la ventana rota? ¿Por qué la cuenta pagada de más?

—Hampstead Heath queda a quince minutos en línea recta —dijo la mujer cuando Valentin preguntó.

Y hacia Hampstead Heath se dirigió.

La calle por la que corrían era tan estrecha y encajonada entre sombras que, cuando de improviso desembocaron en el amplio descampado y el inmenso cielo, se sorprendieron de lo clara y luminosa que seguía siendo la tarde. Una cúpula perfecta de verde pavo real se hundía en el dorado entre los árboles que oscurecían y las violetas lejanías. El tono verde brillante era lo bastante profundo para destacar en puntos de cristal una o dos estrellas. Todo lo que quedaba de luz diurna reposaba en un áureo destello al borde del horizonte encendido.

A lo lejos, en el brezal oscurecido, Valentin divisó dos figuras de negro que avanzaban juntas. La distancia y la luz del crepúsculo los magnificaban como en un enorme microscopio, y cuando logró distinguirlos mejor, perci-

bió algo que le sobresaltó y que, sin embargo, de alguna manera había estado esperando. Quien fuera el sacerdote alto, no cabía ninguna duda sobre la identidad del bajo: era su amigo del tren de Harwich, el rechoncho y pequeño cura de Essex al que había advertido sobre sus paquetes de papel marrón.

Ahora todo encajaba en su mente con una claridad no del todo tranquilizadora. Había averiguado por la mañana que un tal Padre Brown, de Essex, transportaba a Londres una cruz de plata con zafiros para mostrársela a algunos sacerdotes extranjeros del congreso. Esa era, sin duda alguna, la "plata con piedras azules"; y el Padre Brown era, sin duda, el pequeño y despistado personaje del tren. No había nada extraordinario en que lo que Valentin había averiguado lo hubiera averiguado también Flambeau; Flambeau lo sabía todo. Tampoco había nada extraordinario en que, al enterarse de la cruz de zafiros, Flambeau intentara robarla; era lo más natural de lo naturalísimo. Ni tampoco en que Flambeau se saliera con la suya ante una víctima tan ingenua como el hombre del paraguas. Era el tipo de persona al que cualquiera podría llevar de la mano hasta el Polo Norte; no era de extrañar que un actor consumado como Flambeau, disfrazado de sacerdote, pudiera conducirlo hasta Hampstead Heath.

Pero cuando Valentin pensó en todo lo sucedido en el ínterin —en todo lo que le había conducido hasta ese triunfo— se devanó los sesos buscando la menor lógica. ¿Qué tenía que ver el robo de una cruz con zafiros con cambiar el azúcar y la sal en una confitería, o con romper una vidriera con una moneda y pagarla, o con liquidar el triple de lo que costaba un almuerzo?

Valentin hizo señas a sus hombres de que se detuvieran con un gesto lento y firme, y luego los condujo en silencio, pegados a la sombra de los árboles, hasta que se encontraron detrás de un árbol grande de largas ramas que daba sombra a un viejo banco desvencijado. En ese banco estaban sentados los dos sacerdotes, todavía enzarzados en su seria conversación. El glorioso verde dorado del poniente aún se aferraba al horizonte oscurecido; pero la cúpula de

arriba se iba tornando lentamente de verde pavo real a azul pavo real, y las estrellas se desprendían cada vez más nítidas, como joyas sólidas. Callando a sus hombres con un gesto, Valentin logró deslizarse detrás del árbol corpulento y, en un silencio de muerte, oyó por primera vez las palabras de los dos extraños sacerdotes.

Tras escuchar durante un minuto y medio, le invadió una duda diabólica. Quizás había arrastrado a dos policías ingleses hasta los páramos de un brezal nocturno en un encargo no más sensato que buscar higos en sus cardos. Porque los dos sacerdotes hablaban exactamente como sacerdotes: con piedad, con erudición y con calma, acerca de los enigmas más aéreos de la teología. El pequeño cura de Essex hablaba con mayor sencillez, con la cara redonda vuelta hacia las estrellas que se afianzaban en el cielo; el otro hablaba con la cabeza inclinada, como si no se creyera digno de mirarlas. Pero no podría haberse escuchado conversación clerical más inocente en ningún blanco claustro italiano ni en ninguna negra catedral española.

Lo primero que oyó fue el final de una de las frases del Padre Brown: "...lo que realmente querían decir en la Edad Media por el..."

Valentin, detrás de su árbol, se mordía los nudillos de silenciosa furia. Le parecía casi escuchar las risas contenidas de los dos policías ingleses, a quienes había traído tan lejos guiado por una conjetura fantástica, para terminar escuchando el cotilleo metafísico de dos plácidos párrocos. En su impaciencia perdió la igualmente elaborada respuesta del sacerdote alto, y cuando volvió a escuchar era el Padre Brown quien hablaba de nuevo:

—La razón y la justicia sujetan la estrella más remota y solitaria. Mira esas estrellas. ¿No parecen diamantes y zafiros sueltos? Pues bien, puedes imaginar cualquier botánica o geología loca que quieras. Piensa en bosques de diamante con hojas de brillantes. Piensa que la luna es una luna azul, un único zafiro enorme. Pero no imagines que toda esa astronomía frenética cambiará en lo más mínimo la razón y la justicia de la conducta. En llanuras de ópalo,

bajo acantilados esculpidos en perla, seguirías encontrando el letrero: "No robarás."

Valentin estaba ya en el acto de levantarse de su actitud rígida y agazapada, dispuesto a alejarse sigilosamente, derribado por la mayor locura de su vida. Pero algo en el silencio del sacerdote alto lo detuvo hasta que éste habló. Cuando al fin lo hizo, dijo simplemente, con la cabeza inclinada y las manos sobre las rodillas:

—Bien, yo creo que otros mundos quizás puedan elevarse por encima de nuestra razón. El misterio del cielo es insondable, y yo, por mi parte, sólo puedo inclinar la cabeza.

Luego, con la frente aún doblada y sin cambiar en lo más mínimo su actitud ni su voz, añadió:

—Pásame esa cruz de zafiros. Estamos completamente solos aquí, y podría hacerte pedazos como a un muñeco de paja.

La voz y la actitud absolutamente inalteradas añadían una violencia extraña a ese sorprendente cambio de palabras. Pero el guardián de la reliquia sólo pareció mostrar un rostro aturdido en la penumbra, y dijo, con la tímida ansiedad de un secretario privado:

—¿Está... está usted seguro?

Flambeau lanzó un grito de regocijo.

—De verdad, es usted tan bueno como una comedia en tres actos —exclamó—. Sí, nabo, estoy muy seguro. Tuve el juicio de hacerme con un duplicado del paquete correcto, y ahora, amigo mío, usted tiene el duplicado y yo me quedo con las joyas. Un truco viejo, Padre Brown, un truco muy viejo.

—Sí —dijo el Padre Brown, pasándose la mano por el pelo con la misma extraña vaguedad—. Sí, he oído hablar de ese truco.

El coloso del crimen se inclinó hacia el pequeño sacerdote rústico con una repentina y extraña intensidad.

—¿Ha oído hablar de ese truco? ¿Dónde oyó hablar de él?

—Bueno, no me es posible decirle su nombre, naturalmente —dijo el hombrecillo con sencillez—. Era un penitente, ya sabe usted. Había vivido próspero durante unos veinte años gracias únicamente a paquetes de papel marrón duplicados. Y así, cuando empecé a sospechar de usted, pensé enseguida en el método de ese pobre hombre.

—¿Empezó a sospechar de mí? —repitió el forajido con creciente intensidad—. ¿Tuvo la perspicacia de sospechar de mí con sólo haberlo traído hasta este páramo desierto?

—No, no —dijo el Padre Brown con aire de disculpa—. Verá, empecé a sospechar de usted cuando nos encontramos por primera vez. Es ese pequeño bulto en la manga donde llevan el brazalete de pinches.

—¿Cómo en todos los diablos —gritó Flambeau— llegó a saber lo del brazalete de pinches?

—¡Oh, uno llega a conocer a su grey! —dijo el Padre Brown, arqueando las cejas con bastante candidez—. Cuando era coadjutor en Hartlepool había tres de ellos con brazaletes. Así que, como sospechaba de usted desde el principio, me pregunté si no sería ese el secreto de todo el asunto. Y cuando me puse a pensarlo, lo entendí bastante bien.

El forajido miró al pequeño hombre con algo muy próximo a la estupefacción. Luego dijo en voz baja:

—¿Entendió qué?

—Que usted era Flambeau. Pero antes de que pudiera hacer algo, necesitaba traer a la policía. ¿Cómo podría llevar a la policía hasta donde usted estuviera? Sólo dejando un rastro que siguieran —contestó el Padre Brown—. No me era posible gritar a los cuatro vientos "siganme", porque usted me habría oído y huido. Así que hice cosas extrañas. Cambié el azúcar y la sal en la confitería, para que alguien lo notara. Rompí el cristal de la ventana del restaurante para que hubiera un incidente que recordar. Pagué de más la cuenta para que el camarero lo comentara. Mandé el paquete a Westminster para

dejar constancia de mi nombre y mi destino. Y luego avancé hacia el brezal, sabiendo que el rastro de absurdos que iba dejando llevaría a alguien —a alguien lo bastante inteligente como para seguir pistas sin sentido— hasta aquí.

Valentin, detrás del árbol, sentía que el suelo se movía bajo sus pies.

Flambeau arrancó de su bolsillo interior un paquete de papel marrón y lo rompió en pedazos. No había dentro más que papel y trocitos de plomo. Se puso en pie de un salto con un gesto colosal y gritó:

—¡No te creo! ¡No creo que un palurdo como tú haya podido manejar todo esto! ¡Creo que todavía llevas la cosa encima, y si no me la das... estamos solos aquí, y te la tomaré por la fuerza!

—No —dijo el Padre Brown simplemente, y también se puso en pie—. No me la tomará por la fuerza. Primero, porque realmente ya no la tengo encima. Y segundo, porque no estamos solos.

Flambeau se detuvo en seco.

—Detrás de ese árbol —dijo el Padre Brown, señalando— hay dos policías fornidos y el mejor detective vivo. ¿Cómo llegaron aquí? Los traje yo, por supuesto. ¿Cómo? Se lo diré si quiere. ¡Señor, hay que aprender veinte trucos así cuando se trabaja entre las clases criminales! Bien, no estaba seguro de que fuera usted un ladrón, y nunca habría sido prudente provocar un escándalo contra uno de nuestro propio clero. Así que simplemente lo sometí a prueba: quería ver si algo lo induciría a revelarse. Un hombre generalmente arma escándalo si encuentra sal en su café; si no lo hace, es que tiene alguna razón para guardar silencio. Cambié la sal y el azúcar, y usted guardó silencio. Un hombre generalmente protesta si su cuenta es tres veces superior a lo debido. Si la paga, es que tiene algún motivo para pasar desapercibido. Alteré la cuenta y usted la pagó.

Desde detrás del árbol surgió Aristide Valentin, Jefe de la Policía de París, con los dos agentes a sus flancos. El grande y peligroso Flambeau estaba entre ellos antes de que pudiera moverse.

El detective se quedó mirando largamente al pequeño hombre con el abrigo corriente y el paraguas gastado.

—Entonces —dijo al fin, muy despacio—, ¿usted me usó a mí. Yo creía que seguía a Flambeau, pero en realidad usted me conducía hacia él.

—Eran dos cosas al mismo tiempo —dijo el Padre Brown apaciblemente—. Usted lo perseguía, señor Valentin. Yo sólo me aseguré de que el rastro fuera lo bastante extraño para que un hombre de su inteligencia no lo perdiera. Buenas noches.

Y recogiendo sus paquetes de papel marrón —el verdadero y el falso ya desechado—, el pequeño Padre Brown rehízo el camino oscuro del brezal en dirección a las luces de la ciudad, con el paraguas bajo el brazo.

«La cruz azul», 1911
Chesterton, G.K.

Obra de dominio público.
Edición digital de literatura.ar,
libre de leer, copiar y compartir.

<https://literatura.ar/autor/chesterton-gk/obra/la-cruz-azul>